



Una perspectiva psicoanalítica sobre el problema de las tóxicodependencias (*)

Una prospettiva psicoanalitica sul problema delle tossicodipendenze

Marco Focchi

Psicoanalista italiano. Fue presidente de la Scuola lacaniana di Psicoanalisi y es miembro de la Asociación Mundial de psicoanálisis. Director de la sede milanese del Istituto freudiano per la clínica, la terapia e la scienza.

Entre sus publicaciones figuran: *La lingua indiscreta* (1989), *Evento e ripetizione* (1995), *La mancanza e l'eccesso* (2006), etc., ediciones en español: *El buen uso del Inconsciente* (2012) *El truco para curar* (2012) *Síntomas sin inconsciente de una época sin deseo* (2012)

La relación entre droga y lenguaje, es el nudo central desde el cual partir para abordar la complejidad relativa a las conductas límites de los fenómenos de tóxico-dependencia. Aclarar y entrar en la esencia de aquello qué es la experiencia límite buscada en esta relación, es la condición preliminar para un tratamiento de los fenómenos patológicos ligados a la toxico-dependencia, sea sobre el plano terapéutico, sea sobre el plano social. Hay dos vertientes a través de las cuales la articulación entre droga y lenguaje puede ser explorada, y es posible considerar dos puntos de observación diferentes. La primera vertiente es relativa al Otro social que busca identificar el problema, que clasifica, que impone nombres. El hecho de imponer nombres nunca es indiferente. De la crítica a la noción de totemismo, hecha por Levy-Strauss, a los desarrollos de Ian Hacking sobre el modo en que las categorías modelan a las personas, sabemos que las clasificaciones son un trámite necesario para instituir y garantizar el orden social. Denominar, significa asignar un lugar, esta operación es tanto más potenciada en el mundo contemporáneo, en cuanto ya nada parece estar en su propio lugar.

Al inicio del *Seminario Aún*, Lacan en la primera lección se dirige a sus oyentes diciendo que escucha en ellos una voz que dice: "no quiero saber". ¿De qué cosa no quiero saber?, evidentemente del inconsciente, y podemos decir que en la sociedad contemporánea, no querer saber del inconsciente, ha devenido una toma de posición ideológica. El mundo en que vivimos se desarrolla cada vez más en el sentido de una sociedad de control, y en cuanto el control es el exacto opuesto del inconsciente, este mundo tanto menos quiere saber de él. El rechazo del inconsciente tiene como contragolpe un empuje creciente hacia el movimiento clasificatorio. Por un lado la empresa clasificatoria expresa su propio aspecto institucional con el DSM y con una incontenible necesidad de segre-

gar a través de las definiciones diagnósticas, cada una de estas, establece criterios patológicos que sirven a la industria farmacéuticas a la vez que son por ella solicitadas, aunque no encuentren en esta sollicitación su razón exclusiva, ni prioritaria. El imperativo a la clasificación tiene su origen sobre todo en la necesidad de estabilizar, en negativo, una normalidad que con la evaporación del nombre del padre ha perdido las propias amarras tradicionales. Por otro lado la respuesta anti-institucional a esta empresa ciclópea sigue por la misma lógica, levantando las barreras auto-segregativas que derivan de la reivindicación identitaria. Ian Hacking ha mostrado cómo no todos los entes clasificatorios reaccionan del mismo modo, de hecho distinguió dos grandes categorías: las clases indiferentes y las clases interactivas. Las primeras comportan entes inertes, que evidentemente no reaccionan a la clasificación en la cual están incluidas. Las segundas, comportan a las personas, las cuales en cambio responden a las clasificaciones, se identifican o rechazan los nombres que le son impuestos. Las clasificaciones de este modo crean conductas. Esto hace del DSM -que es el mayor dispositivo de clasificación de las personas actualmente en función- un extraordinario instrumento de intervención sobre las personas, definidas por medio del nombre de una enfermedad, y la gestión de su poder. El etiquetamiento de una conducta como patología mental, hace una desviación de una norma no definida, y transforma un modo de goce en algo que requiere una corrección. El retardo actual en la publicación de la Vª versión del DSM, muestra como este instrumento ha devenido un instrumento obsoleto, desacreditado por todos los evidentes condicionamientos políticos que ha debido incorporar. Observamos los efectos colaterales de los debates que han nacido a su alrededor, como una turbulencia que supera el servicio de normalización



que debería restituir. Por otra parte las sociedades de control no se regulan tanto con la norma, que es estable, sino más bien sobre el seguimiento de las variaciones continuas, y podríamos preguntarnos cuán dúctil es todavía a este objetivo, un instrumento nacido viejo como el DSM.

La toxicomanía es una categoría clínica nacida de la psiquiatría en la segunda mitad del siglo XIX. En el momento en el cual el problema de la droga comienza a ser percibido como un flagelo social, la psiquiatría se ocupa y produce una categoría apta para encuadrarla. Con esto la psiquiatría realiza el rol que ha tenido desde siempre queriendo o no queriendo, el de policía mediado por el discurso médico. La pertinencia de la categoría en el campo psicoanalítico fue objeto de un debate, que ya superado, es interesante considerar. En la clínica psicoanalítica el acento no está puesto sobre la sustancia: no es el hecho de consumir una sustancia en cuanto tal lo que hace al toxicómano. Se busca más bien una determinada estructura de personalidad que predisponga al uso y abuso de la sustancia. Algunos clínicos como Jean Bergetret o Markos Zafiropoulos, sostiene que no hay ninguna estructura de la personalidad correspondiente a un comportamiento toxicomaniaco. Otros como, Hugo Freda, ven el comportamiento toxicómano, como la fase moderna de la perversión. Otros incluso, como Claude Olievenstein, dan el carácter de un momento de génesis al encuentro entre la sustancia y un sujeto, a tener en cuenta estructuralmente en el plano clínico.

Hay otro término con el que viene comúnmente descripto el fenómeno de la relación con la droga, que tiene su origen en el mundo anglosajón: y es adicción, término que en Italia generalmente se corresponde con el de dependencia. Addicction, etimológicamente deriva del término latín *adictus*, término jurídico que definía al esclavo por deudas. *Addictus* era el deudor insolvente caído en el dominio de la voluntad del propio acreedor. El *adictus* conservaba libertad y ciudadanía, pero sufría limitaciones consecuentes con el estado de dependencia del acreedor. El término *addiction* ha sido introducido en la clínica psicoanalítica a inicio de los años 60'. En el léxico francés fue introducido a través de una psicoanalista anglófona, que trabajaba en Francia, Joyce McDougall, quien ha comenzado inicialmente a referirse en sentido amplio a la noción de una economía adictiva, donde aquello que llama la "solución adictiva", deviene una solución somato-psíquica al stress mental. Esta idea prometedora se basa en una idea freudiana expresada ya en el año 1897 en una car-

ta a Fliess, donde Freud sostiene que la masturbación es la forma primaria de dependencia y que las otras dependencias: alcohol, morfina, tabaco, simplemente derivan de esta primera matriz originaria. El término *addiction* comprende entonces el sentido del estado de esclavitud, del sometimiento en que el sujeto se encuentra respecto de aquello de lo que depende, y si a esto se agrega la idea de la sustancia, se obtiene una noción generalizada de las formas de dependencia.

Podemos entonces preguntarnos: qué consecuencias hay sobre el plano práctico, entre una clínica definida en base a la idea de la toxicidad de la sustancia, cuando partimos de la toxicomanía, y otro clínica definida como dependencia, en base al sometimiento a un objeto de satisfacción que no es per se tóxico -puede ser la comida, el sexo, el juego, la computadora, y la lista se amplía progresivamente-, pero que la relación con aquel se puede volver patológica cuando es el sujeto el que cae bajo el dominio del objeto, incluso cuando este sirve como medio de satisfacción. La primera definición, la de toxicomanía, nace del discurso médico, que funda su propia intervención sobre el *pharmakon*, es decir, sobre una sustancia que puede ser un veneno o una medicina, pero que, en principio, es una sustancia activa y curativa, y el paradigma se juega en este caso sobre la antinomia entre sustancia útil y sustancia tóxica. La segunda definición referida, la clínica de la dependencia, tiene su raíz en el pensamiento freudiano, y tiene una matriz sexual. Si consideramos el origen del término *addiction*, dependencia, una primera sugerencia viene del hecho de que el término antinómico de dependencia es libertad, y esto pone un interrogante sobre aquello que puede ser la perspectiva terapéutica: ¿de qué ha de ser liberado el sujeto?. La idea de la dependencia ha tenido en efecto una suerte y una expansión particular, de la dependencia del juego de azar, a la dependencia sexual, a la comida, la verdadera cuestión es: ¿debemos efectivamente liberarnos de las dependencias, si con esto entendemos los placeres de los cuales dependemos, o debemos simplemente volverlos menos tóxicos y limitar el contragolpe tóxico? Obviamente, puesto en éstos términos, se trata de una pregunta retórica, pero que indica las diversas direcciones terapéuticas que se pueden tomar según consideremos la clínica de la toxicomanía, donde el objetivo es erradicar la relación que el sujeto mantiene con una sustancia tóxica, o una clínica de la dependencia, donde se trata de limitar, pero evidentemente no de erradicar, la relación con un placer que en



ocasiones linda con lo destructivo. Hay de hecho en el goce un lado destructivo no fácilmente circunscribible. En el fondo, todas las formas de dependencia -incluida la dependencia del síntoma y su vertiente de goce- no son otras que formas de suplencia a aquella ausencia fundamental que es la ausencia de la relación sexual. Para el toxicodependiente esto se expresa en un modo particular, a través del rechazo a pasar por el deseo del Otro. En una comunidad para toxicodependientes, en la que hacia supervisiones hace algunos años, una vez, los educadores me mostraron los dibujos que habían hecho los pacientes el día en que propusieron el juego de la casa ideal. Cada uno debía dibujar la casa en la cual imaginaba habría podido vivir sintiéndose cómodo, indicando su localización en la ciudad, los objetos que podían estar adentro, las personas, y otros detalles del género. Los dibujos, no debemos sorprendernos, todos tenían un esquema recurrente: las casas estaban colocadas en zonas de la ciudad sobre todo aisladas, las calles las rodeaban sin que ninguna llevara realmente a la casa. Adentro, había generalmente objetos electrónicos, como computadoras, televisores último modelo, todo aquello que permite disfrutar de la música, imágenes, y entretenimientos sin salir de casa. En algunas casas había una compañera -los pacientes eran solo hombres- pero relegada en alguna habitación, como en una suerte de reclusión, objeto prisionero de fantasías perversas que estaban explícitas en los relatos. Es claro en la toxicodependencia el empuje a alcanzar el goce sin pasar a través del Otro, cortocircuitando ya sea la pregunta, ya sea el deseo. En estos dibujos, y en los relatos que los comentaban, se expresaba la absoluta necesidad de protegerse de todo aquello amenazante y destructivo, representado para éstos sujetos por el deseo del Otro. Hay, no obstante, diversos modos de eludir al Otro y diversos modos de buscar un acceso directo al goce. Habíamos mencionado el autoerotismo que es sin otro, y que constituye un modelo, un paradigma para Freud, sin todavía evidentemente, superponerse a la modalidad de satisfacción toxicómana. Otra posición interesante a considerar desde la perspectiva del rechazo del deseo del Otro, es la posición cínica, que expresa el rechazo de los ideales de la ciudad, posición desde la que se elimina todo aquello que no es estrictamente necesario, que no esté al alcance de la mano, que no puede ser satisfecho de manera directa. Diógenes llega a romper el tazón del que bebía después de haber visto a un muchacho beber agua directamente del hueco de la mano. El

cinismo es en el fondo una variante extrema de aquello que Lacan llama el non-dupe (no engañado), aquel que rechaza dejarse engañar por el semblante del Otro. Puede ser interesante tomar la cuestión por antítesis: lo opuesto del non-dupe es el dupe, aquello que corrientemente llamaremos "incauto" -término que con Lacan asume una dignidad teórica-. Incauto no es un término que, en general, usaremos como cumplido, pero Lacan, en el Seminario Les non-dupes errent, no invita a dejarnos engañar por el inconsciente, ¿qué significa?, significa consentir a entrar en el juego de engaño del lenguaje. Quien rechaza los laberintos del lenguaje está destinado a andar a la deriva según lo que dice el título del Seminario que -desmontando el calembour de la expresión que en francés suena como "los nombres del padre"- puede ser traducido como: los no incautos vagan errantes. ¿Pero qué quiere decir aceptar hacerse el incauto, entrar en el juego del engaño?, no significa necesariamente creer en lo que dice el Otro, tomar por buenos los semblantes del Nombre del Padre, no significa entrar en el juego del Otro que engaña tomándolo como Otro de la verdad, tomando por oro fundido lo que dice. Por ejemplo, todos leemos los diarios para saber qué sucede en el mundo, incluso si ninguno, pienso, cree en aquello que escriben los periodistas. Quien no quiere entrar en el juego del Otro para evitar el engaño, pretendiendo dirigirse solo al Otro de la verdad, es alguien que en el fondo ha elegido creer en las fábulas. Entrar en el juego significa entrar, con conocimiento de la situación en la cual nos estamos metiendo. Podemos encontrar algunos ejemplos significativos en este sentido en la historia del cine, las imágenes más expresivas están en las películas de Orson Welles, particularmente: La dama de Shangai y Mr. Arkadin. En ambas películas el protagonista se deja usar por un otro engañador, entra a sabiendas en un juego de engaño que al final conduce a la destrucción del Otro del cual se pensaba, manejaba los hilos. En La dama de Shangai la autodestrucción del Otro que engaña, adviene en la escena memorable del laberinto de espejos en el barrio chino de San Francisco, donde el abogado Bannister y la mujer Elsa se matan recíprocamente persiguiéndose en las reproducciones innumerables de imágenes. Mientras que en Mr. Arkadin, Arkadin, que contrata al protagonista con el pretexto de encontrar las huellas olvidadas del propio pasado para borrarlas matando a los testigos, no sobrevive a la vergüenza de ver revelado este pasado a su familia y se deja caer con su avión privado.



Con éste propósito puede ser interesante resaltar otros aspectos: la diferencia entre el uso ritual de la droga, descrito por los antropólogos en las llamadas sociedades frías, y el uso de la droga en nuestra sociedad. Las descripciones más notables del uso ritual de la droga son, sin lugar a dudas, las de Castaneda, pero también en Levi-Strauss hay referencias que ponen el acento menos sobre la sustancia que sobre el dispositivo simbólico, sobre el contexto discursivo en el que tiene lugar el consumo de la sustancia. Tomado desde éste ángulo, la sustancia, la datura en las descripciones de Castaneda, se transforma simplemente en un modo para acceder a una dimensión distinta de aquella inmediatamente tangible, concreta. Levi-Strauss resalta cómo no hay fenómenos naturales en estado puro, cómo una sustancia puede tener un efecto en un cierto contexto cultural y uno opuesto en otro, y esto depende del sistema ritual simbólico en el cual este inserta, el consumo de la sustancia. En nuestras sociedades occidentales, donde el valor de las ciencias ha asumido cotizaciones estelares en detrimento de otras formas de pensamiento, y ha tomado el lugar de las figuras tradicionales, no puede haber un maestro Don Juan como en las tribus amerindias descritas por Castaneda. No hay en efecto un dispositivo simbólico que pueda sostener la credibilidad. La credibilidad, en nuestras sociedades, no pasa más por las figuras de autoridad tradicionales, sino por la ratificación del protocolo científico. Es creíble solo aquello que es sostenible por prueba científica, solo aquello que se basa en la evidencia. Nuestros dispositivos simbólicos-rituales tradicionales han sido absorbidos completamente por la tecnología. Aquello que en las sociedades tradicionales era buscado a través de prácticas mágicas, en nuestra época es buscado a través de los dispositivos tecnológicos realizados por el discurso científico, y esto, en un cierto sentido, nos corrompe. No tenemos más necesidad de ir al pozo a buscar el agua, abrimos una canilla. La lógica del interruptor -que implica que con un solo clic tengo la luz o también tengo al enlace la conexión con el otro lado del mundo- ha penetrado profundamente en nosotros, se ha vuelto invasiva, y aquello que obtenemos, ha perdido el aura que la magia le daba en las sociedades tradicionales.

Pero, es imposible no ver que cuando la lógica del interruptor se aplica a sectores de la vida donde las cosas no llegan con un clic, se vuelve de nuevo pura y simplemente creencia en la magia. En el campo de la problemática mental tenemos innegablemente un uso mágico del fármaco, para atemperar la ansiedad, para remediar la timidez, para evitar el duelo; como si las emociones obedecieran al clic. La otra cara del fármaco, que es la droga, va en el mismo sentido: la droga es imaginada como fuente de felicidad, como canilla de goce. En un contexto cultural pobre, que no es aquel de los músicos de los años 60 o de los escritores del siglo pasado, donde era usada para suscitar la creatividad, la droga no es una vía de búsqueda, sino una vía de acceso para forzar la disponibilidad inmediata de la felicidad o de alivio de la angustia. Pero no debemos pensar que las dimensiones simbólicas de las que habla Levi-Strauss se puedan anular fácilmente. Hay todo un aspecto ritual de grupo en el consumo o en el comercio de la droga, que renace en forma desnuda pero empobrecida. Entonces es así que las categorías mismas de diagnóstico asumen en los grupos valencia identificatoria, el que comienza a identificarse con el toxicómano, y dice “yo soy toxicómano”, el que va al SERT (1) y se comporta como un toxicodependiente, haciendo justamente las cosas que se considera tiene que hacer un toxicodependiente. La cuestión es entonces, creo, desidentificar, de-construir la jaula simbólica que es la jaula de una vida en la que el sujeto ha entrado identificándose con el toxicodependiente. La articulación entre droga y lenguaje pasa por esta forma ritual e identificatoria que, en tanto residuo, son activas también en nuestras sociedades, y no hay prevención posible de la droga si no se pasa por aquello que constituye la cultura de la droga, las redes del discurso que llevan a un sujeto a la deriva, a la pendiente que lo pone en situación desesperada con el deseo del Otro intratable; empujándolo a encontrar consuelo en un fármaco que no abre, en este caso, las puertas de la creatividad, sino aquellas de un abismo, que sustituye la voracidad sin límite del Otro con un hambre química, tanto insaciable como generadora de angustia.

Traducción: Romina Merlo y Gabriela Rodríguez

(1) SERT: Servizio per le Tossicodipendenze (Servicio para las Toxicodependencias).

(*) Intervención en una mesa redonda, que tuvo lugar el 20 de abril de

2012 en Milán en la Casa de la Cultura, en ocasión de la presentación del libro de Jean-Louis Chassaing *Droga y lenguaje*.

Texto revisado y cedido por su autor para ser publicado en *Estrategias*

